

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones  
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

**EL MUNDO COMO REPRESENTACIÓN**

Roger Chartier<sup>1</sup>

**Módulo: Aproximaciones teóricas, nociones de prácticas y  
representaciones  
Sesión 2, Lectura N° 3**

Lima, Mayo del 2002

---

<sup>1</sup> En: Roger Chartier, *El Mundo como Representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*. Editorial Gedisa, Barcelona, 1992, pp. 45-62.

## EL MUNDO COMO REPRESENTACIÓN

Roger Chartier

El editorial de la primavera de 1988 de los *Annales* pide a los historiadores una reflexión común a partir de una doble constatación. Por un lado, afirma la existencia de una "crisis general de las ciencias sociales", visible en el abandono de los sistemas globales de interpretación, de esos "paradigmas dominantes" que, en una época, fueron el estructuralismo o el marxismo, así como también en el rechazo de las ideologías que los llevaron al éxito (entendamos la adhesión a un modelo de transformación radical, socialista, de las sociedades occidentales capitalistas y liberales). Por otro, el texto no aplica a la historia la integridad de un diagnóstico tal ya que concluye: "no nos parece llegado el momento de una crisis de la historia de la cual algunos aceptan, muy cómodamente, la hipótesis". La historia es vista entonces como una disciplina todavía sana y vigorosa, y sin embargo, con incertidumbres debidas al agotamiento de sus alianzas tradicionales (con la geografía, la etnología, la sociología) ya la desaparición de técnicas de tratamiento como modos de inteligibilidad que otorgaban unidad a sus objetos ya sus avances. El estado de indecisión que la caracteriza en la actualidad sería como el reverso mismo de una vitalidad que, en forma libre y desordenada, multiplica los talleres, las experiencias, los encuentros.

### Un diagnóstico en duda

¿Por qué este punto de partida que postula al mismo tiempo la crisis general de las ciencias sociales y la vitalidad mantenida, aun al precio de un eclecticismo un poco anárquico, por la historia? Me parece que la estrategia del texto (aquí el término no está tomado en el sentido de un cálculo racional y consciente sino como que designa un ajuste más o menos automático a una situación dada) está gobernada por la preocupación de preservar la disciplina en una coyuntura que se percibe marcada por la decadencia radical de las teorías y los conocimientos sobre los cuales la historia había basado sus avances en la década de 1960 y en la de 1970. Las disciplinas más recientemente institucionalizadas y más avasalladoras desde el punto de vista intelectual habían lanzado entonces el desafío: la lingüística, la sociología o la etnología. El asalto contra la historia hubiera podido tomar formas diversas, algunas estructuralistas y otras no, pero todas cuestionaban los objetos de la disciplina, es decir, la prioridad dada al estudio de las coyunturas, económicas o demográficas, o de las estructuras sociales, y consideradas poco firmes en sus certezas metodológicas con respecto a las nuevas exigencias teóricas.

Al proponer objetos de estudio rezagados hasta entonces extraños a una historia consagrada masivamente a la exploración de lo económico y lo social, al proponer normas científicas y modos de trabajo sacados de las ciencias exactas (por ejemplo, la formalización y la ejemplificación, la explicación de hipótesis, la investigación en equipo), las ciencias sociales socavaban la Posición dominante de la historia en el campo universitario. La importación de nuevos principios de legitimación en el campo de las disciplinas "literarias" descalificaba el empirismo histórico al mismo tiempo que intentaba convenir la fragilidad institucional de las nuevas disciplinas en hegemonía intelectual<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Los datos sobre las transformaciones morfológicas (peso numérico, capital escolar y capital

La respuesta de los historiadores ha sido doble. Pusieron en marcha una estrategia de captación trasladándose a los frentes abiertos por otros. A partir de aquí, aparecieron nuevos objetos en su cuestionario: las actitudes ante la vida y la muerte, los ritos y las creencias, las estructuras de parentesco, las formas de sociabilidad, los funcionamientos escolares, etcétera, lo que equivalía a constituir nuevos territorios del historiador mediante la anexión de territorio de los otros (etnólogos, sociólogos, demógrafos). y como secuela, el retorno masivo a una de las inspiraciones fundadoras de los primeros *Annales*, las de la década de 1930: el estudio de los utillajes mentales que el dominio de la historia de las sociedades había relegado a un segundo plano.

Bajo el término de *historia de las mentalidades* o a veces de *psicología histórica* se delimitaba un campo de investigación, diferente tanto de la antigua historia de las ideas como de la historia de las coyunturas y de las estructuras. Sobre estos objetos nuevos (o reencontrados) se podían poner a prueba modos de tratamiento, inéditos, sacados de disciplinas vecinas: así las técnicas de análisis, lingüístico y semántico, las herramientas estadísticas de la sociología o ciertos modelos de la antropología.

Sin embargo, esta captación (de territorios, técnicas, de marcas de cientificismo) no podía aprovecharse plenamente a no ser que no se abandonara nada de lo que había fundamentado la fuerza de la disciplina, producida por el tratamiento cuantitativo de las fuentes masivas y seriales (registros parroquiales, mercuriales de precios, actas notariales, etcétera). En sus formas mayoritarias la historia de las mentalidades se construyó al aplicar a nuevos objetos los principios de inteligibilidad experimentados anteriormente en la historia económica y social. De aquí surgen sus características específicas: preferencia dada a la mayoría, por lo tanto, a la investigación de la cultura considerada popular, la confianza en la cifra y en la serie, el gusto por la larga duración temporal, la importancia acordada al desglose socio-profesional. Los rasgos característicos de la historia cultural, así definida, que articula la constitución de nuevos campos de investigación con la fidelidad a los postulados de la historia social, son la traducción de la estrategia de la disciplina que se daba una legitimidad científica renovada (garantía del mantenimiento de su centralidad institucional) recuperando para su beneficio las armas que habrían debido derribarla. La operación fue, tal como sabemos, un rotundo éxito que fortaleció una estrecha alianza entre la historia y las disciplinas que, durante un tiempo, habían parecido sus más peligrosas competidoras.

El desafío lanzado a la historia a fines de la década de 1980 es inverso al precedente. Ya no se basa en una crítica de las costumbres de la disciplina en nombre de las innovaciones de las ciencias sociales sino en una crítica de los postulados de las ciencias sociales en sí. Los fundamentos intelectuales del asalto son claros: por un lado, el retorno a una filosofía del sujeto que rechaza la fuerza de las determinaciones colectivas y de los condicionamientos sociales y que intenta rehabilitar "la parte explícita y reflexionada de la acción"; por otro lado, la importancia acordada a la político que supuestamente constituye el nivel más abarcador" de la organización de las sociedades y, para ello, proporcionar "una nueva clave para la arquitectura de la

---

social de los enseñantes) de las disciplinas universitarias durante la década de 1960 fueron reunidos por P. Bourdieu, L. Boltanski y P. Maldidier: "La défense du corps", *Information sur les Sciences Sociales*, X, 4, 1971, pp. 45-86. Estos constituyen la base estadística del libro de P. Bourdieu: "Le sens commun", *Homo Academicus*, Paris, Les Editions de Minuit, 1984, p. 302.

totalidad". La historia es llamada entonces a re formular sus objetos (recompuestos a partir de una interrogación sobre la naturaleza misma de la política), sus frecuentaciones (privilegio otorgado al diálogo con la ciencia política y la teoría del derecho) y, más importante aun, su principio de inteligibilidad, apanado del "paradigma crítico" y redefinido por una filosofía de la conciencia. En una perspectiva tal, lo más urgente es separar, de la manera más neta posible, la disciplina histórica (salvable al precio de "revisiones desgarradoras") de las ciencias sociales otrora dominantes (la sociología y la etnología) condenadas por su apego mayoritario a un paradigma obsoleto<sup>3</sup>.

De manera discreta y eufemística, el diagnóstico realizado por el editorial de los *Annales*, por su tratamiento diferenciado de la historia, que se hallaría en un "punto crítico", y de las ciencias sociales, que se hallarían en "crisis general", comparte algo de esta postura. De aquí surge una cuestión previa: ¿se puede aceptar sin reservas la constatación propuesta? El hecho de proclamar, después de muchos otros, que las ciencias sociales están en crisis no es suficiente para establecerlo. El reflujó del marxismo y del estructuralismo no significa en sí la crisis de la sociología y de la etnología ya que, en el campo intelectual francés, las investigaciones más profundas se construyeron justamente a distancia de las representaciones objetivistas propuestas por estas dos teorías referenciales, recordando las capacidades inventivas de los agentes contra las determinaciones inmediatas de las estructuras y las estrategias propias de la práctica contra la sumisión mecánica a la regla. El mismo comentario vale *a fortiori* para la historia, reacia (fuera de algunas excepciones) al empleo de modelos de comprensión forjados por el marxismo o el estructuralismo. Del mismo modo, no parece que el efecto "regreso de China", evocado para designar los desencantamientos y los abandonos ideológicos de esta última década, haya contribuido mucho a inquietar y modificar la práctica de los historiadores pues pocos han sido aquellos que hicieron el viaje de Pekín. Sin duda, todo fue distinto en la década de 1960 para la generación de historiadores que, al regresar de Moscú, oponía el nuevo proyecto (hoy rechazado) de una historia social cuantitativa al enfoque dogmático de un marxismo ortodoxo.

### **Tres desplazamientos en forma de renuncia**

Me gustaría sugerir entonces que las verdaderas mutaciones del trabajo histórico en estos últimos años no se han producido por una "crisis general de las ciencias sociales" (que habría que demostrar más que proclamar) o por un "cambio de paradigma" (que no se convirtió en realidad por el solo hecho de ser deseado ardientemente por algunos), sino que están ligadas a la distancia tomada en las prácticas de investigación misma en relación con los principios de inteligibilidad que habían gobernado la actividad historiográfica desde hace veinte o treinta años. Tres eran esenciales: el proyecto de una historia global, capaz de articular al mismo tiempo los diferentes niveles de la totalidad social; la definición territorial de los objetos de investigación, identificados a la descripción de una sociedad instalada en un espacio particular (una ciudad, un "país", una región); condición indispensable para que fueran posibles la recolección y el tratamiento de los datos exigidos por la historia total; la importancia acordada a la división social considerada como apta para organizar la comprensión de las diferenciaciones y de las diferencias culturales. Ahora bien, este

---

<sup>3</sup> Para una formulación coherente y radical de estas proposiciones, véase M. Gauchet: "Changement de paradigme en sciences sociales?", *Le Débat*, 50, mayo-agosto 1988, pp. 165-170.

conjunto de certezas se fue fisurando en forma progresiva, dejando el campo libre a una pluralidad de enfoques y de comprensiones.

Al renunciar, de hecho, a la descripción de la totalidad social y al modelo braudeliano, que intimida, los historiadores han tratado de pensar en los funcionamientos sociales fuera de una partición rígidamente jerarquizada de las prácticas y de las temporalidades (económicas, sociales, culturales, políticas) y sin que se le otorgue primacía a un conjunto panicular de determinaciones (sean éstas técnicas, económicas o demográficas). De aquí, los intentos realizados para descifrar de otra manera las sociedades, al penetrar la madeja de las relaciones y de las tensiones que las constituyen a partir de un punto de entrada particular (un hecho, oscuro o mayor, el relato de una vida, una red de prácticas específicas) y al considerar que no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos den sentido al mundo que les es propio.

Al renunciar a considerar las diferenciaciones territoriales como los cuadros obligados de su investigación, los historiadores franceses han separado su disciplina del marco de inventario que había recibido de la escuela de geografía humana. La investigación de las regularidades sustituyó la cartografía de las particularidades, cuya razón se debía hallar en la diversidad de las condiciones geográficas: lo que significa reanudar con la tradición, rechazada por los *Annales* de la década de 1930, de la sociología durkheimiana y preferir el establecimiento de leyes generales, tal como lo quería la morfología social, en lugar de la descripción de singularidades regionales<sup>4</sup>. De esto surge una pregunta aguda: ¿cómo pensar el acceso a lo general desde el momento en que no se le considera como la suma acumulada de comprobaciones particulares? Conocemos la extrema diversidad de las respuestas obtenidas, desde aquellas que permanecen fieles a una delimitación estadística de las correlaciones y de las constantes hasta aquellas que están a favor de la ejemplaridad de la diferencia y que, al manipular la noción paradójica de "excepcional normal", busca lo más común en lo menos ordinario<sup>5</sup>.

Por último, al renunciar a la primacía tiránica del desglose social para dar cuenta de las diferencias culturales, la historia en sus últimos desarrollos ha demostrado que es imposible calificar los motivos, los objetos o las prácticas culturales en términos inmediatamente sociológicos y que su distribución y sus usos dentro de una sociedad dada no se organizan necesariamente según divisiones sociales previas, identificadas a partir de diferencias de estado y de fortuna. De aquí las nuevas perspectivas abiertas para pensar en otros modos de articulación entre las obras o las prácticas y el mundo social, sensibles a la vez a la pluralidad de divergencias que atraviesa una sociedad ya la diversidad de empleo de materiales o códigos compartidos.

### **El mundo del texto y el mundo del lector: la construcción del sentido**

Ahora quisiera formular algunas proposiciones que surgen directamente de mi propia experiencia y que tienen que ver con estos tres desplazamientos, liberadores en relación con la tradición instituida, pero también productores de incertidumbre ya que

---

<sup>4</sup> R. Chartier: "Science sociale et découpage régional. Note sur deux débats 1820-1920", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 35, noviembre 1980, pp. 27-36

<sup>5</sup> E. Grendi: "Micro-analisi e storia sociale", *Quaderni Storici*, 35, 1972, pp. 506-520

por sí mismos no constituyen un sistema unificado de comprensión. Cualquier reflexión metodológica se arraiga, en efecto, en una práctica histórica particular, en un espacio de trabajo específico. El mío se organiza alrededor de tres polos, generalmente desunidos por las tradiciones académicas: por un lado, el estudio crítico de los textos, ordinarios o literarios, canónicos u olvidados, descifrados en sus disposiciones y sus estrategias; por otro, la historia de los libros y de todos los objetos que llevan la comunicación de lo escrito; por último, el análisis de las prácticas que, diversamente, se apoderan de los bienes simbólicos, produciendo así usos y significaciones diferenciadas: Al filo de los trabajos personales o de las encuestas colectivas, una pregunta central ha subterfido este enfoque: comprender cómo en las sociedades del Antiguo Régimen, entre los siglos XVI y XVIII, la circulación multiplicada de lo escrito impreso transformó las formas de sociabilidad, autorizó pensamientos nuevos, modificó las relaciones con el poder<sup>6</sup>.

De aquí, la atención prestada a la materia en la que se opera el encuentro entre el "mundo del texto" y el "mundo del lector", para retomar los términos de Paul Ricœur<sup>7</sup>. Varias hipótesis guiaron la investigación, haya estado organizada a partir del estudio de una clase particular de objetos impresos (por ejemplo, el "corpus" de la literatura de buhonería) o a partir del examen de las prácticas de lectura, en su diversidad, o también, a partir de la historia de un texto particular, propuesto a públicos diferentes en formas muy contrastadas. La primera hipótesis considera la operación de construcción de sentido efectuada en la lectura (o la escucha) como un proceso históricamente determinado cuyos modos y modelos varían según el tiempo, los lugares y las comunidades. La segunda considera que las verificaciones múltiples y móviles de un texto dependen de las formas a través de las cuales es recibido por los lectores (o sus auditores).

Estos, en efecto, nunca se confrontan con textos abstractos, ideales, alejados de toda materialidad: manipulan objetos cuya organización gobierna su lectura, separando su captación y su comprensión del texto leído. Contra una definición puramente semántica del texto, hay que señalar que las formas producen sentido y que un texto estable en su escritura está investido de una significación y de un estatuto inéditos cuando cambian los dispositivos del objeto tipográfico que propone su lectura.

Se debe señalar también que la lectura es siempre una práctica encarnada en gestos, espacios, costumbres. A distancia de una fenomenología de la lectura que borra todas las modalidades concretas del acto de leer y lo caracteriza por sus efectos, postulados como universales<sup>8</sup>, una historia de las formas de leer debe identificar las disposiciones específicas que distinguen las comunidades de lectores y las tradiciones de lectura. Esta afirmación supone el reconocimiento de muchas series de contrastes. Las capacidades de lectura, en primer lugar. La separación, esencial pero borrosa, entre alfabetizados y analfabetos no agota las diferencias en la relación con lo escrito. Todos

---

<sup>6</sup> R. Chartier: *Lectures et Lecteurs dans la France d' Ancien Régime*, Paris, Editions du Seuil, 1987, 369 y Boureau, R. Charrier, M. E. Ducreux, C. Jouhaud, P. Saenger y C. Velay-Vallantin: *Les Usages de l'Imprimé (XV -XIX siècles)*, Paris, Librairie Arthème Fayard, 1987, 446 pp.

<sup>7</sup> P. Ricœur: *Temps et Récit*, t. III, *Le Temps Raconté*, Paris, Editions du Seuil, 1985, pp. 228-263.

<sup>8</sup> W. Iser: *L' Acte de Lecture. Théorie de l' Effet Esthétique*, Bruselas, Pierre Mardaga Editeur, 1985 (traducción francesa de *Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung*, Munich, Wilhelm Fink, 1976).

aquellos que pueden leer los textos no los leen de la misma manera, y hay mucha diferencia entre los letrados virtuosos y los lectores menos hábiles, obligados a oralizar lo que leen para poder comprenderlo, cómodos sólo con algunas formas textuales o tipográficas. Contrastes que hallamos, del mismo modo, entre normas de lectura que definen, para cada comunidad de lectores, los usos del libro, las formas de leer, los procedimientos de interpretación. Contrastes, por último, entre las esperanzas y los intereses diversos que los distintos grupos de lectores invierten en la práctica de la lectura. De estas determinaciones, que regulan las prácticas, dependen las formas en que pueden leerse los textos, y leerse en formas diferentes por lectores que no disponen del mismo utillaje intelectual y que no mantienen la misma relación con el texto escrito.

"Nuevos lectores crean nuevos textos y sus significados son una función de sus nuevas formas."<sup>9</sup> D. F. McKenzie ha designado con gran agudeza el doble conjunto de variaciones (variaciones de las disposiciones de los lectores, variaciones de los dispositivos de los textos y de los objetos impresos que los contienen) que debe tener en cuenta cualquier historia cuya cuestión central se refiere a las modalidades contrastadas de la construcción del sentido. En el espacio así trazado se inscribe cualquier trabajo situado en medio de una historia de prácticas, social e históricamente diferenciadas, y de una historia de representaciones, inscritas en los textos o producidas por los individuos. Dicha perspectiva tiene varios corolarios. Por un lado, define un tipo de investigación que, necesariamente, asocia las técnicas de análisis de disciplinas poco habituadas a encontrarse en tal proximidad: la crítica textual, la historia del libro, en todas sus dimensiones, la historia sociocultural. Más que un trabajo interdisciplinario (que siempre supone una identidad estable y diferente de las disciplinas que firman la alianza) la que se propone es un trinchado inédito del objeto, implicando la unidad del cuestionario y de la investigación, sea cual fuere el origen disciplinario de aquellos que los comparten (historiadores de la literatura, historiadores del libro, o historiadores de las mentalidades en la tradición de los *Annales*). Por otro, esta interrogación sobre los efectos del sentido de las formas materiales nos lleva a otorgar (u otorgar nuevamente) un lugar central en el campo de la historia cultural a los conocimientos eruditos más clásicos: por ejemplo, los de la *bibliography*, de la paleografía o de la codicología<sup>10</sup>. Por permitir una descripción en forma rigurosa de los dispositivos materiales y formales a través de los cuales los textos llegan a sus lectores, estos conocimientos técnicos, tanto tiempo negados por la sociología cultural, constituyen una fuente esencial para una historia de las apropiaciones. Esta noción parece fundamental para la historia cultural siempre y cuando se la reformule. Esta reformulación, que acentúa la pluralidad de empleos y de comprensiones y la libertad creadora aun si ésta se encuentra reglamentada de los agentes que no sirven ni a los textos ni a las normas, se aparta, en primer lugar, del sentido que Michel Foucault le otorga al concepto, considerando "la apropiación social de los discursos" como uno de los procedimientos mayores por los cuales los discursos son sometidos y confiscados por los individuos o las instituciones que se arrogan su control exclusivo<sup>11</sup>. También se aleja del sentido que la hermenéutica le confiere a la apropiación, pensada como el momento donde "la aplicación" de una configuración narrativa particular a la situación del lector refigura su comprensión de sí mismo y del mundo, y por lo tanto su experiencia fenomenológica tenida por universal

---

<sup>9</sup> D. F. McKenzie: *Bibliography and the Sociology of Texts: Panizzi Lectures*, 1985, Londres, The British Library, 1986, p. 20

<sup>10</sup> A modo de ejemplo, véase: A. Petrucci: *La Scrittura. Ideologia e Rappresentazione*, Turín, Einaudi, 1986

<sup>11</sup> M. Foucault: *L'Ordre du Discours*, Paris, Editions Gallimard, pp. 45-47

y apartada de toda variación histórica<sup>12</sup>. La apropiación tal como la entendemos nosotros apunta a una historia social de usos e interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los producen<sup>13</sup>. Prestar así atención a las condiciones ya los procesos que, muy concretamente, llevan las operaciones de construcción del sentido (en la relación de lectura pero también en muchas otras) es reconocer, en contra de la antigua historia intelectual, que ni las inteligencias ni las ideas son desencarnadas y, contra los pensamientos de lo universal, que las categorías dadas como invariables, ya sean filosóficas o fenomenológicas, deben construirse en la discontinuidad de las trayectorias históricas.

### **De la historia social de la cultura a una historia cultural de lo social**

Esto impone que se tome distancia con respecto a los principios que fundamentaban la historia social de la cultura en su acepción clásica. Se marcó una primera separación con respecto a una concepción estrechamente sociográfica que postula que las divergencias culturales están organizadas necesariamente según una división social construida de antemano. Creo que se debe rechazar esta dependencia que relaciona las diferencias en las costumbres culturales con las oposiciones sociales dadas a priori, ya sea en la escala de contrastes macroscópicos (entre las elites y el pueblo, entre los dominadores y los dominados), o en la escala de las diferenciaciones más menudas (por ejemplo, entre los grupos sociales jerarquizados por los niveles de fortuna y las actividades profesionales).

En efecto, las divisiones culturales no se ordenan obligatoriamente según una única clasificación de las diferenciaciones sociales, que supuestamente dirige tanto la desigual presencia de los objetos como las diferencias en las conductas. La perspectiva debe entonces ser la opuesta y destacar, en primer lugar, el campo social (a menudo compuesto) donde circulan un conjunto de textos, una clase de impresos, una producción o una norma cultural. Partir así de objetos, formas, códigos y no grupos nos lleva a considerar que la historia socio-cultural vivió demasiado apoyada sobre una concepción mutilada de lo social. Al privilegiar la única clasificación socioprofesional olvidó que otros principios de diferenciación, también plenamente sociales, podían explicitar, con mayor pertinencia, las separaciones culturales. Así, las pertenencias sexuales o generacionales, las adhesiones religiosas, las tradiciones educativas, las solidaridades territoriales, las costumbres de la profesión.

Por otra parte, la operación que tiende a caracterizar las configuraciones culturales a partir de materiales que se supone son específicos de ellas (un ejemplo clásico de esto es la identificación que se hace entre literatura de buhonería y cultura popular) parece hoy doblemente reductora. Por un lado, asimila el reconocimiento de las diferencias a las únicas desigualdades de distribución; por otro, ignora el proceso por el cual un texto, una fórmula, una norma crean sentido para aquellos que los reciben o se apropian de los mismos.

---

<sup>12</sup> P. Ricœur: *Temps et Récit, op.cit*, t. III, pág. 229.

<sup>13</sup> Esta perspectiva mucho le debe al trabajo de M. de Certeau, en particular a su libro: *L' invention du Quotidien, I, Arts de Faire*, Paris, Union Générale d'Editions, 10/18,1980.

Como ejemplo podemos citar la circulación de los textos impresos en las sociedades del Antiguo Régimen. Comprenderla exige un desplazamiento doble en relación con los enfoques iniciales. El primero sitúa el reconocimiento de las separaciones más arraigadas socialmente en los usos contrastados de materiales compartidos. Aunque no se haya escrito con frecuencia, los lectores populares y aquellos que no lo son se apropian de los mismos textos. Ya se trate de que se les otorgue a los lectores de condición humilde la posesión de libros que no les estaban destinados de una manera específica (es el caso de Menocchio, el molinero del Frioul, lector de los *Voyages* de Mandeville, del *Décameron* o del *Fioretto della Bibbia*, o de Ménétra, el vidriero parisino, admirador ferviente de Rousseau<sup>14</sup> o de que los librerías-impresores inventivos y sagaces ponen al alcance de una gran clientela los textos que sólo circulaban en el estrecho mundo de los letrados (como el caso con la fórmula editorial conocida bajo el término genérico de Biblioteca Azul, propuesta a los lectores más humildes a partir de fines del siglo XVI por los impresores de Troyes). Lo importante es entonces comprender cómo los mismos textos (en formas impresas posiblemente diferentes) pueden ser diversamente captados, manejados y comprendidos.

De donde la necesidad de un segundo desplazamiento cuya atención se centra en las redes de práctica que organizan los modos, histórica y socialmente diferenciados, de relación con los textos. La lectura no es sólo una operación abstracta de intelección: ella es una puesta en obra del cuerpo, inscripción en un espacio, relación consigo misma o con el otro. Esta es la razón por la que deben reconstruirse las formas de leer particulares de cada comunidad de lectores, cada una de esas "interpretive communities" de las que habla Stanley Fish<sup>15</sup>. Una historia de la lectura no puede limitarse a la única genealogía de nuestras formas de leer, en silencio y con los ojos, sino que su tarea es reencontrar los gestos olvidados, las costumbres desaparecidas. La postura es importante puesto que no sólo revela la distante extrañeza de prácticas antiguamente comunes, sino también las disposiciones específicas de los textos compuestos para usos que no coinciden con aquellos de los lectores actuales. Así, en los siglos XVI y XVII, la lectura implícita del texto, literario o no, se construye como una oralización, y su lector como un lector en voz alta que se dirige a un público de auditores. Destinada tanto al oído como a la vista, la obra juega con formas y procedimientos aptos para someter lo escrito a las exigencias propias de la "performance" oral. Muchos de los motivos ligados por el Quijote a las estructuras de libros que constituyen la Biblioteca Azul son ejemplo del lazo mantenido tardíamente entre el texto y la voz.

"Hagan lo que hagan, los autores no escriben libros. Los libros no están escritos. Son fabricados por escribas y otros artesanos, por mecánicos y otros ingenieros y por impresoras y otras máquinas.<sup>16</sup>" Este comentario puede introducir otra revisión. Contra la representación, elaborada por la misma literatura, según la cual el texto existe en sí mismo, separado de toda materialidad, debemos recordar que no existe texto fuera del

---

<sup>14</sup> C. Ginzburg: *Le Fromage et les Vers. L'univers d'un Meunier du XVI Siècle*, Paris, Flammarion, 1980 (trad. francesa de: *Il Formaggio e I Vermi. Il Cosmo di un Mugnaio del' 500*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1976); *Journal de Ma Vie. Jacques-Louis Ménétra. Compagnon Vitrier au 18 Siècle*. presentado por Daniel Roche, Paris, Editions Montalba, 1982.

<sup>15</sup> S. Fish: *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1980, pp. 1-17

<sup>16</sup> R. Stoddard: "Morphology and the book from an American perspective", *Printing History*, 17, 1987, pp. 2-14.

soporte que lo da a leer (o a escuchar) y que no hay comprensión de un escrito cualquiera que no dependa de las formas en las cuales llega a su lector. De aquí, la distinción indispensable entre dos conjuntos de dispositivos: aquellos que determinan estrategias de escritura y las intenciones del autor, y los que resultan de una decisión del editor o de una obligación del taller<sup>17</sup>.

Los autores no escriben libros: no, escriben textos que otros transforman en objetos impresos. La separación, que es justamente el espacio en el cual se construye el sentido (o los sentidos) fue olvidada muy a menudo, no sólo por la historia literaria clásica, que piensa la obra en sí misma, como un texto abstracto cuyas formas tipográficas no importan, sino también por la Rezeptionsästhetik que postula, a pesar de su deseo de convertir en historia la experiencia que los lectores tienen de las obras, una relación pura e inmediata entre los "signos" emitidos por el texto (que juegan con las convenciones literarias aceptadas) y "el horizonte de alcance" del público al cual están dirigidos. En una perspectiva así, "el efecto producido" no depende sólo de las formas materiales que contiene el texto<sup>18</sup>. Sin embargo, ellas también contribuyen plenamente a moldear las anticipaciones del lector con respecto al texto ya atraer nuevos públicos o usos inéditos.

### **Representaciones colectivas e identidades sociales**

A partir de este campo de trabajo donde se unen el texto, el libro y la lectura, pueden formularse varias proposiciones que articulen de una forma nueva las diferencias sociales y las prácticas culturales. La primera espera acabar con los falsos debates sobre la división, dada como universal, entre la objetividad de las estructuras (que sería el territorio de la historia más segura, aquella que al unir documentos masivos, seriados, cuantificables, reconstruye las sociedades tal como eran verdaderamente) y la subjetividad de las representaciones (a la cual se uniría otra historia, consagrada a los discursos y situada a distancia de lo real). Este tipo de discrepancia dividió profundamente la historia y también otro tipo de ciencias sociales como la sociología o la etnología, oponiendo enfoques estructuralistas e investigaciones fenomenológicas, las primeras trabajando a gran escala sobre las posiciones y las relaciones de los diferentes grupos, a menudo identificados en clases, los segundos, privilegiando el estudio de los valores y los comportamientos de las comunidades más reducidas, a menudo consideradas homogéneas<sup>19</sup>.

Tratar de superarla exige, en primer lugar, tener esquemas generadores de sistemas de clasificación y de percepción como verdaderas "instituciones sociales", incorporando bajo la forma de representaciones colectivas las divisiones de la organización social: "las primeras categorías lógicas fueron categorías sociales; las primeras clases de cosas fueron clases de hombres en las cuales fueron integradas esas

---

<sup>17</sup> R. Chartier: "Texts, printing, readings", *The New Cultural History*, compilado con una introducción de Lynn Hunt, Berkeley, University of California Press, 1989, pp. 154-175.

<sup>18</sup> H. R. Jauss: *Pour Une Esthétique de la Réception*, Paris, Editions Gallimard, 1978, pp. 21-80 (trad. francesa de *Literaturgeschichte als Provokation*, Francfort-sur-le-Main, Suhrkamp Verlag, 1970, pp. 144-207).

<sup>19</sup> P. Bourdieu: *Choses Dites*, Paris, Les Editions de Minuit, 1987, pp. 47-71. [Trad. española: *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, 1988].

cosas<sup>20</sup>", pero también tener estas representaciones colectivas como matrices de prácticas constructivas del mundo social en sí: " Aun las representaciones colectivas más elevadas no existen, no son verdaderamente tales sino en la medida en que ellas gobiernan los actos.<sup>21</sup>"

Este retorno a Marcel Mauss y a Emile Durkheim y a la noción de "representación colectiva" autoriza a articular, sin duda mejor que el concepto de mentalidad, tres modalidades de la relación con el mundo social: en primer lugar, el trabajo de clasificación y de desglose que produce las configuraciones intelectuales múltiples por las cuales la realidad está contradictoriamente construida por los distintos grupos que componen una sociedad; en segundo, las prácticas que tienden a hacer reconocer una identidad social, a exhibir una manera propia de ser en el mundo, significar en forma simbólica un status y un rango; tercero, las formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las cuales los "representantes" (instancias colectivas o individuos singulares) marcan en forma visible y perpetuada la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase. De esta forma se abre una doble vía: una que piensa en la construcción de las identidades sociales como resultantes siempre de una relación forzada entre las representaciones impuestas por aquellos que poseen el poder de clasificar y designar y la definición, sumisa o resistente, que cada comunidad produce de sí misma<sup>22</sup>; la otra que considera la división social objetivada como la traducción del crédito acordado a la representación que cada grupo hace de sí mismo, por lo tanto, de su capacidad de hacer reconocer su existencia a partir de una exhibición de unidad<sup>23</sup>. Al trabajar en las luchas de representación, cuya postura es el ordenamiento, y por lo tanto la jerarquización de la estructura social en sí, la historia cultural se aparta sin duda de una dependencia demasiado estricta en relación con una historia social dedicada al estudio de las luchas económicas únicamente, pero también regresa sobre lo social ya que fija su atención sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que construyen, para cada clase, grupo o medio un ser-percibido constitutivo de su identidad.

Para el historiador de las sociedades del Antiguo Régimen, construir la noción de representación como el instrumento esencial del análisis cultural es otorgar una pertinencia operatoria a uno de los conceptos centrales manejados en estas mismas sociedades. La operación de conocimiento está así ligada al utillaje nocional que los contemporáneos utilizaban para volver menos opaca a su entendimiento su propia sociedad. En las antiguas definiciones (por ejemplo, la del *Dictionnaire universel* de

---

<sup>20</sup> E. Durkheim y M. Mauss: "De quelques formes primitives de classification. Contribution a l'étude des représentations collectives", *Année Sociologique*, 1903, retomado en M. Mauss: (Euvres, 2, *Représentations Collectives et Diversité des Civilisations*, Paris, Les Editions de Minuit, 1969, pp. 13-89 (cita p. 83).

<sup>21</sup> M. Mauss: "Divisions et proportions de la sociologie", *Année Sociologique*, 1927, retomado en M. Mauss: *Oeuvres Complètes*, 3, *Cohésion sociale et Divisions de la Sociologie*, Paris, Les Editions de Minuit, 1969, pp. 178-245 (cita p. 210).

<sup>22</sup> A modo de ejemplo, véase C. Ginzburg: *Les Batailles Nocturnes. Sorcellerie et Rituels Agraires en Frioul, XVI-XVIII Siècle*, Lagrasse, Editions Verdier, 1980 (trad. francesa de I. Benandanti. *Stregoneria e Culti Agrari tra Cinquecento e Seicento*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1966).

<sup>23</sup> A modo de ejemplo, véase: L. Bollanski: *Les Cadres. La formation d'un Groupe Social*, Paris, Les Editions de Minuit, 1982

Furetière en su edición de 1727<sup>24</sup>), las acepciones de la palabra "representación" muestran dos familias de sentidos aparentemente contradictorios: por un lado, la representación muestra una ausencia, lo que supone una neta distinción entre lo que representa y lo que es representado; por el otro, la representación es la exhibición de una presencia, la presentación pública de una cosa o una persona. En la primera acepción, la representación es el instrumento de un conocimiento mediato que hace ver un objeto ausente al sustituirlo por una "imagen" capaz de volverlo a la memoria y de "pintarlo" tal cual es. De estas imágenes, algunas son todas materiales, sustituyendo el cuerpo ausente por un objeto parecido o no: como los maniqués de cera, madera o cuero que se colocaban encima del ataúd real durante los funerales de los soberanos franceses e ingleses ("cuando vamos a ver a los príncipes muertos en sus lechos de desfile, sólo vemos la representación, la efigie") o, más generalmente y más antiguamente, la litera fúnebre vacía y recubierta por un paño mortuario que "representa" al difunto ("Representación se denomina también en la iglesia a un falso ataúd de madera cubierto por un velo de duelo, alrededor del cual se encienden velas, cuando se realiza un servicio para un muerto"<sup>25</sup>). Otras imágenes juegan sobre un registro diferente: el de la relación simbólica que, para Furetière, es "la representación de algo moral mediante las imágenes o las propiedades de las cosas naturales (...). El león es el símbolo del valor, la gallina el de la inconstancia, el pelícano el del amor maternal". Se postula entonces una relación descifrable entre el signo visible y el referente significado, lo que no significa que se lo descifre tal como se debería.

La relación de representación (entendida como relacionada con una imagen presente y un objeto ausente, una que vale por la otra porque es homóloga) estructura toda la teoría del signo del pensamiento clásico, elaborado en su mayor complejidad por los lógicos de Port-Royal<sup>26</sup>. Por un lado, estas modalidades variables son las que permiten discriminar distintas categorías de signos (ciertos o probables, naturales o instituidos, que se adhieren o están separados de aquello que se representa, etc.) y de caracterizar el símbolo por su diferencia con otros signos<sup>27</sup>. Por otro lado, al identificar las dos condiciones necesarias para que dicha relación sea inteligible (a saber: el

---

<sup>24</sup> Furetière: *Dictionnaire universel, contenant généralement tous les mots français tant vieux que modernes et les termes des sciences et des arts*, corregido por M. Basnage de Bauval y revisado por M. Brutel de la Rivière, La Haya, 1727, artículos *Représentation et Symbole* (todas las citas de este párrafo provienen de estas acepciones).

<sup>25</sup> R. E. Giesey: *Le Roi ne Meurt Jamais. Les Obsèques. L' Royales dans la France de la Renaissance*, Paris, Editions Flammarion, 1987, pp. 137-145, "Effigie", *représentation et image*" (trad. francesa de *The Royal Funeral Ceremony in Renaissance France*, Ginebra, Librairie droz, 1960, pp. 85-91).

<sup>26</sup> A. Arnauld y P. Nicole: *La Logique ou l'Art de Penser*, París, Presses Universitaires de France, 1965. Sobre la teoría del Signo en Port-Royal, véase el estudio fundamental de L. Marin: *La Critique du Discours. Etude sur la Logique de Port-Royal et les Pensées de Pascal*, París, Les éditions de Minuit, 1975

<sup>27</sup> A. Amaud y P. Nicole, op. cit., Libro I, cap. iv, pp. 52-54. Para una discusión sobre la definición de lo simbólico, véase la serie de artículos publicados en el *Journal of Modern History* luego de la aparición del libro de R. Darnton: *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, Basic Books, 1984 (trad. francesa: *Le Grand Massacre des Chats. Attitudes et Croyance dans l'Ancienne France*, Paris, Editions Robert Laffont, 1985); R. Chartier: "Texts, symbols and frenchness", *Journal of Modern History*, 57, 1985, pp. 682-685, R. Darnton: "The symbolic element in history", *Journal of Modern History*, 58, 1986, pp. 218-234, D. La Capra: "Chartier, Darnton and the great symbol massacre", *Journal of Modern History*, 60, 1988, pp. 95-112 y J. Fernandez: "Historians tell tales: of Carnesian cats and Gallic cockfights", *Journal of Modern History*, 60, 1988, pp. 113-127

conocimiento del signo como signo, en su separación de la cosa significada, y la existencia de convenciones que rigen la relación del signo con la cosa), la *Logique* de Port-Royal plantea los términos de una pregunta fundamental: la de las posibles incomprendiones de la representación, ya sea por falta de "preparación" del lector (lo que nos lleva nuevamente a las formas y los modos de la inculcación de las convenciones), o por el hecho de la "extravagancia" de una relación arbitraria entre el signo y el significado (lo que plantea la cuestión de las condiciones mismas de producción de las equivalencias admitidas y compartidas<sup>28</sup>).

De una perversión de la relación de representación, las formas de teatralización de la vida social en la sociedad del Antiguo Régimen dan el ejemplo más manifiesto. Todas tienden, en efecto, a hacer que la cosa sólo exista dentro de la imagen que la exhibe, que la representación oculte en lugar de pintar adecuadamente aquello que es su referente. Pascal pone al desnudo este mecanismo de "muestra" que manipula signos destinados a dar el cambio y no a hacer conocer las cosas tal como son:

Nuestros magistrados conocieron muy bien ese misterio, sus trajes rojos, sus armiños, de los que se envuelven en gatos forrados, los palacios donde juzgan, las flores de lis, todo este aparato augusto es muy necesario; y si los médicos no hubiesen tenido sotanas y mulas, y los doctores no hubiesen tenido gorros cuadrados y batas amplias de cuatro lados, jamás habrían podido engañar al mundo que no puede resistir una muestra tan auténtica. Si ellos poseían la verdadera justicia y si los médicos tuvieran el verdadero arte de curar, no tendrían que hacer gorros cuadrados; la majestuosidad de estas ciencias sería bastante venerable en sí misma. Pero al tener sólo ciencias imaginarias, es necesario que adopten esos vanos instrumentos que golpean la imaginación; y así, en efecto, consiguen el respeto.

La relación de representación se ve entonces alterada por la debilidad de la imaginación, que hace que se tome el señuelo por lo real, que considera los signos visibles como índices seguros de una realidad que no lo es. Así encubierta, la representación se transforma en máquina de fabricar respeto y sumisión, en un instrumento que produce una coacción interiorizada, necesaria allí donde falla el posible recurso a la fuerza bruta: "Las únicas personas de guerra no están disfrazadas de este modo, porque de hecho su parte es más esencial, se establecen por la fuerza, los otros por el fingimiento"<sup>29</sup>.

Cualquier reflexión sobre las sociedades del Antiguo Régimen sólo puede inscribirse en la perspectiva así trazada, doblemente pertinente. En el estudio de la posición "objetiva" de cada individuo como dependiente del crédito que aquellos de quienes espera reconocimiento acuerdan a la representación que él da de sí mismo. En la comprensión de las formas de dominio simbólico por el "aparato" o "artificio"\* tal como lo define La Bruyere<sup>30</sup>, como corolario de la ausencia o desaparición de la violencia inmediata. Es en este proceso de larga duración de la erradicación de la violencia, convertida en monopolio del Estado absolutista<sup>31</sup>, que debemos inscribir la

---

<sup>28</sup> A. Amaud y P. Nicole: *op. cit.* Libro I, cap. xiv, pp. 156-160.

<sup>29</sup> Pascal: *Pensées*, 104, en *Oeuvres complètes*. Paris, Editions Gallimard, "Bibliothèque de la Pléiade", 1954, p. 1118.

\* Aparato en el sentido de "fasto", de boato".

<sup>30</sup> La Bruyere: *Les caractères*, Paris, Garnier-Flammarion, "Du mérite personnel", 27, pp. 107-108.

<sup>31</sup> N. Elias: *La Dynamique de l'Occident*, Paris, Calmann-Lévy, 1975, "Esquisse d'une théorie de la civilisation", pp. 187-324 (trad. francesa de *Über den Prozess der Zivilisation*).

importancia creciente de las luchas de representación cuya postura es el ordenamiento, la alineación y, por tanto, la jerarquización de la estructura social en sí.

### **El sentido de las formas**

La constatación nos puede llevar a una segunda proposición que pretende localizar las fronteras distanciadoras más arraigadas socialmente en las diferencias más formales. y esto, por dos razones tal vez contradictorias. Por un lado, los dispositivos formales (textuales o materiales) inscriben en sus estructuras mismas los deseos y las posibilidades del público al que apuntan, por tanto se organizan a partir de una representación de la diferenciación social. Por el otro, las obras y los objetos producen su campo social de recepción más de lo que son producidos por divisiones cristalizadas y previas. Recientemente, Lawrence w. Levine lo ha demostrado al evidenciar que la forma en que se representaban las obras de Shakespeare en la América del siglo XIX (es decir, mezcladas con muchas otras formas de teatro provenientes de la farsa, el melodrama, el ballet y el circo) había creado un público muy numeroso, ruidoso y movedido, que iba mucho más allá de la única elite burguesa y letrada<sup>32</sup>. Estos dispositivos de representación del drama shakesperiano pertenecen al mismo orden que las transformaciones "tipográficas" operadas por los editores de la Biblioteca Azul sobre las obras que incluían en su catálogo: unos y otros apuntan, de hecho, a inscribir el texto en una matriz cultural que no es la de sus primeros destinatarios y permitir así una pluralidad de apropiaciones.

Los dos ejemplos nos llevan a considerar las diferenciaciones culturales no como la traducción de divisiones estáticas y fijas sino como el efecto de procesos dinámicos. Por una parte, la transformación de las formas a través de las cuales se propone un texto legitima recepciones inéditas creando nuevos públicos y nuevos usos. Por la otra, el compartir los mismos bienes culturales por los distintos grupos que componen una sociedad suscita la búsqueda de nuevas distinciones, aptas a marcar las diferencias conservadas. La trayectoria del libro en el Antiguo Régimen francés puede ser prueba de ello. Todo sucede como si las diferenciaciones entre las formas de leer se hubiesen multiplicado y aguzado a medida que el escrito impreso se iba tornando menos raro, menos confiscado, más ordinario. Mientras que la sola posesión del libro había significado durante mucho tiempo una superioridad cultural, los usos del libro, legítimos o salvajes, y la calidad de los objetos tipográficos, cuidados o vulgares, son los que van adquiriendo en forma progresiva dicha función.

Sin duda, la atención que se prestó a las "formalidades prácticas" (según la expresión de Michel de Certeau), ya sea del lado de la producción o del lado de la recepción, fue lo que más dañó una manera clásica de escribir la historia de las mentalidades. Primero, al obligarla a considerar los discursos en sus dispositivos mismos, sus articulaciones retóricas o narrativas, sus estrategias persuasivas o demostrativas. Las disposiciones discursivas y las categorías que los fundan sistemas de clasificación, criterios de diferenciación, modos de representación no son en absoluto reducibles a las ideas que enuncian o los temas que presentan. Tienen su lógica propia lógica que puede resultar contradictoria en sus efectos con la letra del mensaje. Segunda

---

*Soziogenetische und Psychogenetische Untersuchungen*, Berna, Verlag Francke AG, 1969, y Francfort-sur-le-Main, Suhrkamp, 1979, vol. II, "Entwurf zur einer theorie der zivilisation").

<sup>32</sup> L. W. Levine: *Highbrow-Lowbrow. The Emergence of Cultural Hierarchy in America*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1988, pp. 11-81.

exigencia: tratar los discursos en su discontinuidad y su discordancia. Por mucho tiempo, el camino pareció fácil, concluyendo del análisis temático de un conjunto de textos la caracterización de una "mentalidad" (o de una "visión del mundo" o de una "ideología"), luego haciéndole pasar de éste a una asignación social unívoca. La tarea parece menos simple desde que cada serie de discursos debe ser comprendida en su especificidad, es decir, inscrita en sus lugares (y medios) de producción y sus condiciones de posibilidad, relacionada con los principios de regularidad que la ordenan y la controlan, e interrogada en sus modos de acreditación y de veracidad. Volver a introducir entonces en el corazón de la crítica histórica el cuestionario elaborado por Foucault para el tratamiento de las "series de discursos" significa ciertamente mutilar la ambición totalizadora de la historia cultural, atenta a las reconstrucciones globales. Pero también es la condición para que los textos, sean cuales fueren, que el historiador transforma en archivos sean sustraídos a las reducciones ideológicas y documentales que los destruían en tanto que "prácticas discontinuas"<sup>33</sup>.

### **Figuras del poder y prácticas culturales**

Nuestra última propuesta tiene por objetivo rearticular las prácticas culturales sobre las formas de ejercicio del poder. La perspectiva supone que se tome distancia con respecto al "retorno a lo político" que parece haberse apoderado de una parte de la historiografía francesa. Basada sobre la primacía de la libertad del individuo, sustraída a toda determinación y privilegiando la oferta de ideas y la parte reflexiva de la acción, una posición así termina en una doble impotencia: , ignora las restricciones no conocidas por los individuos y que sin embargo le gobiernan (sin llegar a pensamientos claros ya menudo, a pesar de ellos) las representaciones y las acciones; supone una eficacia propia a las ideas y los discursos, separados de las formas que los comunican, apartados de las prácticas que los revisten de significaciones plurales y concurrentes.

Nuestra perspectiva desea comprender a partir de los cambios en el modo de ejercicio del poder (generadores de formaciones sociales inéditas) tanto las transformaciones de las estructuras de la personalidad como las de las instituciones y las reglas que gobiernan la producción de obras y la organización de las prácticas. La relación que establece Elias entre la racionalidad cortesana por un lado (entendida como una economía psíquica específica, producida por las exigencias de una forma social nueva, necesaria para el absolutismo) y, por el otro, los rasgos propios de la literatura clásica (en términos de jerarquía de géneros, de características estilísticas, de convenciones estéticas) designa con agudeza el lugar de un posible trabajo<sup>34</sup>. Pero también a partir de las divisiones instauradas por el poder (por ejemplo, entre los siglos XVI y XVIII entre razón de Estado y conciencia moral, entre patrocinio estatal y libertad del fuero íntimo) se debe apreciar el surgimiento de una esfera literaria autónoma como la constitución de un mercado de bienes simbólicos y de juicios intelectuales o estéticos<sup>35</sup>. De este modo se establece un espacio de la crítica libre

---

<sup>33</sup> M. Foucault: *L'ordre du discours. op. cit.*, p. 54.

<sup>34</sup> N. Elias: *La société de cour*, Paris, Editions Flammarion, 1985, pp. 108-110 (trad. francesa de *Die hofischen Gessellschaft. Untersuchungen zur Soziologie des Konigtums und der hofischen Aristokratie mit einer einleitung: Soziologie und Geschichtswissenschaft*, Darmstadt-Neuwied, Luchterhand, 1969).

<sup>35</sup> R. Koselleck: *Le Règne de la Critique*, Paris, Les Editions de Minuit, 1979 (trad. francesa de *Kritik und Krise: eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Friburgo, Verlag Karl Albert, 1959, y Francfort, Suhrkamp, 1976).

donde se opera una politización progresiva contra la monarquía del Antiguo Régimen, de prácticas culturales que el Estado había captado en un tiempo para su propio beneficio, o que habían nacido, como reacción a su influencia, en la esfera de lo privado.

En un momento en que la pertinencia de la interpretación social se encuentra frecuentemente rechazada, no tomemos estas reflexiones y proposiciones como el índice de una adhesión a dicha posición. Por el contrario, en la fidelidad crítica a la tradición de los *Annales*, ellas querrían ayudar a reformular la forma de acercar la comprensión de las obras, de las representaciones y de las prácticas a las divisiones del mundo social que, en conjunto, ellas significan y construyen.

---